Dificultades del discurso

Empiezo por confesaros las dificultades con que acometo la empresa de hablaros en estos instantes. De un lado, excesiva carga emocional puede, turbándome, no dejarme discurrir; y, de otra parte, temo que mi palabra, desentrenada por falta de uso, afluya con facilidad. No en vano llevo ya dos años cumplidos de absoluto silencio ante las masas. ¿Por qué ese silencio? Yo hablé por última vez, en Madrid, por radio, a invitaciones de aquel Gobierno, en el mes de julio y en el mes de agosto de 1936 para dirigirme a toda España, a la sublevada y a la que se defendía. A poco fui incorporado al Gobierno y desde el momento mismo en que esa incorporación se verificó, dejé de ocupar toda clase de tribunas, colgué mi pluma y me dediqué al trabajo. Luego, hace ya cinco meses, dejé de pertenecer al Gobierno y he seguido permaneciendo silencioso. ¿Por qué? Porque mi silencio lo estimaba yo un deber. Tengo para mí que, en circunstancias como las actuales, no debe haber en cuanto a ellas más voz ante las multitudes que la del Gobierno. En las tribunas públicas, quiérase o no, el orador no puede apartar su mirada de la tragedia que estamos viviendo, y en la dirección de la guerra, en las orientaciones de ésta, sólo al Gobierno le es lícito hablar; temas que no fueran éstos, teñidos de dramatismo, no pueden interesar ahora al pueblo español. Por eso he seguido permaneciendo silencioso. Os declaro que al prestar mi asentimiento a la invitación que se me ha hecho para este acto, no ha corrido muy placenteramente mi voluntad en el deseo de atenderla, pero se ha interpuesto una voluntad superior que me ha constreñido a hablar. Por ello, y en las circunstancias que os acabo de exponer, comparezco ante vosotros.

El hecho de no estar vinculado a las responsabilidades del Gobierno me da gran libertad para hablar; pero he ahí otra de las dificultades de mi discurso: la administración de esa libertad, porque así como en ocasiones la labor previa del orador consiste simplemente en acumular ideas, es decir, en amontonar lo que va a decir, otro ejercicio más difícil se presenta al orador en las excepcionales circunstancias presentes, y es el de ir separando del tema de su oración aquello que debe callar.

El acto, como sabéis, se celebra para conmemorar el cincuentenario de la fundación del Partido Socialista. Cuanto acerca de esto pudiéramos decir está dicho, y dicho magníficamente, en los números extraordinarios que la Prensa ha consagrado a conmemorar la histórica fecha. La historia del Partido, sus comienzos heroicos, sus luchas ardorosas, su influencia en la política española, la era de persecuciones que sufrió, la estela de sacrificios que dejaron los fundadores de nuestra colectividad, todo eso está dicho, y dicho no sólo con exactitud, sino con elocuencia. Y, naturalmente, yo me encuentro en la situación de que os hablaba antes, que es la que corresponde a todo hombre público, con grande o menguada representación. ¿Cómo se puede en los instantes actua-

emprésito exterior. Ahora bien—lo he dicho muchas veces—; como socialista, soy internacionalista, pero esto no mengua mi españolismo. Todo emprésito exterior es, en forma más o menos acentuada, una hipoteca.

2

les ocupar una tribuna y volver la espalda a la inmensa tragedia que vive España? Para mí, sería ello un intento de imposible realización. Yo no podría ahora entretener vuestra atención evocando las grandes y austeras figuras de los fundadores del Partido y sintetizando la historia de éste, que ha dejado profundísima huella en la vida española a lo largo de medio siglo. No sabría hacerlo; tal empeño sería superior a mi voluntad. Mi mente, como la de todos vosotros, estoy seguro, se apartaría de esos temas, no obstante su grandeza moral, para enfocar la atención hacia la gran tragedia de la guerra. Mas acabo de deciros que respecto a la guerra, a sus fases actuales y a sus perspectivas inmediatas, sólo tiene derecho a hablar el Gobierno, y los demás no tenemos mas que una obligación: la de servirle. (Aplausos). Por tanto, eludo ~~un~~ comentario ~~de toda~~ lo actual, aunque a veces, en el curso de mi peroración, se desgajen sentimientos, todos ellos admirativos, hacia las masas que pelean por la libertad y por la independencia de España.

~~La ocasión de un español dolorido~~

Al notificar el tema a los queridos camaradas que me forzaron a realizar con ellos este acto, lo fijé así: «Recuerdos y perspectivas»; es decir, pasado y porvenir, con la eliminación del presente.

No extrañéis que mi discurso puede tener, frecuentemente, acentos de dolor, porque mi discurso no va a ser el de un español valentón, de una valentía tan jactanciosa como grotesca, que ~~tiene~~ por único campo de batalla este modesto escenario. Será el discurso de un español dolorido, cuyo dolor, muy prufundo, lo amortigua la esperanza. No puedo ofreceros otra cosa; os invito a reflexionar conmigo sobre el porvenir de España, engarzando con el recuerdo de un pasado próximo perspectivas de un futuro que esté más allá de la guerra.

La benevolencia de varios camaradas que han decidido recoger en un folleto, bajo el título de "Anticipaciones", discursos y artículos míos pronunciados y escritos al comienzo de esta lucha, me ha deparado la casualidad de releer ahora lo que ~~yo~~ dije hace dos años, en los albores de ~~esta~~ guerra, que está asolando España. Y para engarzarlos con perspectivas posteriores a la guerra, voy a leeros palabras de las que entonces pronuncié.

3

Palabras de 1936

El 25 de julio de 1936, al hablar por radio desde el micrófono del Ministerio de la Guerra, comencé así: «Quienes hayan leído mis últimos artículos en el diario donde habitualmente escribo, parte de los cuales fueron reproducidos en la Prensa de Madrid, comprenderán que en lo que está actualmente ocurriendo en España no puede haber sorpresa para mí, porque en esos artículos llegué hasta la reiteración machacona al notificar la existencia del peligro y marcar sus dimensiones, y una de mis advertencias fué la de decir a quienes creyesen que el movimiento subversivo no había de tener mayores proporciones que las alcanzadas por el del 10 de agosto de 1932, que se equivocaban fundamentalmente; pero que del mismo modo se equivocaban también quienes, preparando la subversión, abrigasen esperanzas de un triunfo tan fácil como aquel que fué conseguido el 13 de septiembre de 1923. Dije en los citados artículos que la subversión, para mí segura, cuya intensidad me cuidé de anunciar públicamente, habría de encontrar una gran resistencia, y que la lucha habría de ser cruenta. Tomaron algunos este reiterado aviso mío como expresión de un pesimismo temperamental, que no niego, y menos he de negar ahora, porque el reconocimiento de ese defecto mío es posible que dé más valor a mis palabras; y supusieron otros que ello obedecía a algo que figuraba entre mis designios, pero cuyo fin no lograba yo alcanzar, ni nadie, con sentido de la realidad, podía adivinar. Pues bien; estamos ya en medio de la subversión, de la rebelión más honda, cruenta y perturbadora de cuantas puede registrar hasta hoy la Historia de España».

Examinando el error de los promotores de la rebelión, manifesté seguidamente: «Voy a establecer el supuesto de que ellos creyeran que el Régimen republicano llevaba rumbos defectuosos, causaba daños. Aceptémoslo a los efectos de esta digresión. Pero, ¿acaso han creído que un daño infinitamente mayor —la brecha terrible que están abriendo en el cuerpo de nuestra desangrada República— se justifica por los daños que, si existen y aún en el volumen que ellos los aprecian, son infinitamente menores que este desgarrón que dejó al descubierto ante el Mundo nuestras propias entrañas?».

Y cerré mis palabras de aquella noche con éstas, que iban dirigidas al enemigo:

"Mírate por dentro; contémplate a ver si encuentras en tu panorama interior paisaje alguno que te invite a continuar la lucha, porque la rendición no la esperes. Encontrarás cadáveres, pero no harás prisioneros".

1, 1,

tan

1d

1a

Días después, el 10 de agosto de 1936, también bajo la iniciativa de un Gobierno al cual yo no pertenecía, pronuncié mi último discurso. Y aludiendo a la duración y a las consecuencias de la guerra, me expresé así:

"Me refiero a las responsabilidades de quienes, por orgullo y sin probabilidades de éxito, mantienen una lucha fratricida, tras cuya prolongación puede estar la ruina de España, porque son visibles los peligros para su integridad y son visibles también las amenazas para su independencia... Digo a los gobernantes que deben hacer sus preparativos y previsiones como para una lucha larga, como para una guerra, porque en una guerra estamos. No ha sido esa nuestra voluntad, pero hemos tenido que rendirnos a la voluntad ajena, que ha provocado la guerra".

Y refiriéndome después a las matanzas que venían realizando los facciosos y que encontraban ecos de represalia en nuestro propio campo, dije:

"A juzgar por hechos en cuyo comentario no quiero entrar, los regímenes autoritarios que han suscitado con justicia la hostilidad de todas las edmocracias mundiales serían plácidos y paternales sistemas de gobierno ante éste que se implantaría en España, y cuya característica iba a ser la ferocidad. Oíd la palabra espantosa: ¡la ferocidad!, ¡la ferocidad!

No insisto en el tema. Me duele el alma cuando lo rozo, porque sé que aquí, dentro del recinto de nuestra Patria, podemos inculparnos unos a otros con justicia o injusticia, ya que las pasiones políticas suelen ser el sudario en que se envuelve muchas veces el cadáver de lo justo, pero fuera de aquí, ante el mundo, todos somos españoles, y lo que aquí ocurra, lo que aquí viene ocurriendo, puede llenarnos de sonrojo, y constituir — oidlo bien — una afrenta ante el mundo. ¡No los imitéis! — exclamaba luego, aludiendo a la tarea de exterminio emprendida por los facciosos—; superadlos con vuestra generosidad. No os pido que perdáis vigor en la lucha; pido pechos duros para el combate, pechos de acero, pero corazones sensibles, capaces de estremecerse ante el dolor humano y de ser albergue de la piedad, tierno sentimiento sin el cual parece perderse lo más esencial de la grandeza humana". (Aplausos).

Estas fueron mis palabras dichas en público hace ya dos años cumplidos. Ellas me servirán para establecer el engarce con lo que voy a decir. Hablé de la duración de la guerra, de la resistencia que opondríamos a ella, de la ruina que le sobrevendría a España y de la ferocidad que podría ser signo deshonroso de la lucha.

El Ejército del pueblo

De la duración, ¿qué he de decir? Llevamos dos años largos de guerra. De la resistencia — y había quienes creían que no habíamos de oponer ninguna—, ¿qué sabe decir? Nada. Pediros a todos un clamor para los hombres que en el mar, en la tierra y en el aire, defienden nuestra vida y nuestro honor. (Fuerte ovación). Una voz: ¡Viva el Ejército español!) ¡El Ejército español, sí, esa es la denominación! El Ejército de España, del pueblo todo; pero que nadie lo manosee, que nadie sienta la mezquindad de atraerlo hacia sí en servicios partidistas! (Fuertes aplausos y nuevos vivas al Ejército del pueblo).

5/

~~Nadie lo sospechaba; no lo creyeron~~ los promotores de la sublevación, a los cuales, si he de concederles una pizca de españolismo, les supongo profundamente arrepentidos del magno crimen que han cometido con España. No lo esperaba el mundo, el mundo todo, que en su representación oficial, cualquiera que sea la voluntad de sus masas populares, ha pretendido asfixiarnos. Y conste que no puedo dejar a salvo de esta invectiva justa e iracunda más que a dos Estados: Rusia y México, para los cuales os pido también un homenaje. (Fuertes aplausos.) Nadie lo esperaba, y es lógico que a la hora presente, proclamado o no, oculto o a la luz del sol, disimulado o patente, un sentimiento de admiración se expanda incluso entre las filas rebeldes para ~~este~~ pueblo español que, con una capacidad de sacrificio sin par en la Historia, viene soportando, no ~~ya~~ el embate de españoles rebeldes que olvidaron los más elementales deberes con respecto a su Patria, sino la invasión de dos potencias totalitarias, despóticas y tiránicas, que si la pueden realizar es a cuenta de la cobardía del resto de las naciones europeas.

El clero vasco

Hemos mencionado la duración que ~~está~~ señalada ~~simbólicamente~~ mirando hoy el calendario: veinticinco meses de lucha. Hemos hablado de la resistencia y hemos hablado todos, porque ~~habéis hablado~~ mejor que yo vosotros con vuestro clamor, vuestros vítores y vuestros aplausos, del Ejército Popular. ~~Me toca abordar, es~~ he de seguir engarzando los temas entresacados de mis últimas manifestaciones públicas en el mes de agosto de 1936, ~~dos temas:~~ la ferocidad en la lucha y la posible ruina de España. No vengo a negar ni a encubrirlo con mi silencio, que en nuestras filas se han cometido desmanes, que se han realizado crímenes; lo que sí afirmo es que esos desmanes y esos crímenes se han producido bajo el espasmo que provoca en las ~~multitudes~~ la agresión alevosa e innoble, y lo que pretendo demostrar es que los crímenes del otro lado son crímenes organizados previamente, preparados anticipadamente, y quiero dar de esto una demostración documental.

Tengo aquí ante mis ojos un libro. Se titula "Siete meses y siete días en ~~el campo~~ de Franco". No es el autor ~~ninguna~~ persona que, por unas circunstancias o por otras, haya servido a la causa franquista y luego en nuestras filas se haya creído en el caso de contar al público lo que vió en el otro campo. El libro es de un clérigo vasco, don Ignacio de Aberrigoyen. Y ahora permitidme un inciso para rendir un homenaje íntimo

6

Si alguien puede ~~tener~~ indeleblemente en su espíritu la huella de la intransigencia del clero vasco, soy yo; yo, que he vivido ~~así mismo~~ de modo plenamente civil y que choqué con el clero para mi matrimonio, para el nacimiento de mis hijos, para el entierro de mis muertos. Conozco la intransigencia del clero vasco; pero frente a esa intransigencia, que es un defecto, proclamo ~~aquí las~~ virtudes del clero vasco, que por su austeridad, por la manera de cumplir su misión, era ejemplo entre el clero español. En el clero vasco no se daban los casos de canónigos viciosos, vestidos con traje seglar, en torno a las mesas de juego, ni ~~de los~~ curas flamencos que guitarreaban, arremangándose la sotana.

El clero vasco —reciba hoy el homenaje de un enemigo— ha sabido cumplir con su deber en esta lucha. Frente a la monstruosidad que significa la adhesión de las altas jerarquías de la Iglesia católica española al movimiento sedicioso, el encubrimiento de los crímenes cometidos, la excitación al delito de lesa patria, todo ello solemnizado en un documento que ~~se~~ hará memorable ~~por~~ su deshonra, firmado colectivamente por el Episcopado español, con ~~la~~ negación de los más elementales principios de la doctrina cristiana; frente a los cardenales, a los arzobispos y a los obispos que se humillaron a Franco y que cambiaron el signo de la bendición para alzar el brazo en señal de vasallaje ante los sediciosos, yo exalto la conducta de los humildes clérigos de los valles y de las montañas de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, que supieron incluso dar su vida por defender, no sólo su libertad, sino la tradición cristiana de la Iglesia católica, ultrajada por el Episcopado español. (Aplausos.)

Pruebas de la ferocidad organizada

Pues bien, amigos; acompañadme —aunque sé cuánto fatigan las lecturas ~~incrustadas~~ en los discursos—, acompañadme a releer algunos párrafos en que el sacerdote de Azpeitia, don Ignacio de Aberrigoyen, cuenta lo que vió y refiere lo que le narraron testigos, también sacerdotes, que para él no pueden tener tacha de ~~hombres que faltan~~ a la verdad.

El señor Aberrigoyen, a quien, sin filiación política, se le ha considerado nacionalista vasco, cuando las tropas facciosas llegan a Azpeitia, ~~él, que no ha~~ hecho otra cosa que consagrarse a Dios y dirigir católicamente a sus fieles, cree que contra él no hay peligro alguno. Ved, primero, cómo refiere la entrada de las tropas facciosas en Azpeitia. (Traduzco sobre el texto francés, quizá un poco libremente):

"Más de dos mil soldados, requetés y falangistas, perfectamente equipados, llevando en su pecho insignias y escapularios e incrustadas en los fusiles imágenes del Sagrado Corazón de Jesús avanzan triunfantes, precedidos de sus jefes, con la mirada altiva, y de sus capellanes pistola al cinto; entonan cantos de guerra y entre los cánticos mezclan los gritos de "Viva Cristo Rey" y horribles blasfemias contra la Virgen y la Santa Hostia. ~~Yo veo~~ entre ellos a uno de mis amigos, un seminarista. Me aproximo a él y le digo:

—¿Cómo son estas gentes?

—¿Cómo? — Me responde. — Pero, ¿tú estás aquí también?

—¿Por qué? ¿Es que un demócrata, que ha seguido las doctrinas sociales de la Iglesia, no puede vivir con ellos?

—Tu verás... La retaguardia de estas gentes es un cementerio — me replica.

Desde este momento — comenta irónicamente el señor Aberrigoyen — estaba inaugurada, entre nosotros, la nueva era de la España de Franco; una, grande y libre".

Recorre este sacerdote las calles de la villa; vuelve a su iglesia y encuentra un clérigo recién venido de Beasain, que lee la instrucción pastoral que se atribuyó al obispo de Vitoria. Y el señor Aberrigoyen refiere la escena así:

"Mientras que yo la leía — la instrucción pastoral — un sacerdote, de mis amigos más queridos, se aproximó a mi y me abrazó con efusión. Este clérigo era un españolista ferviente, un integrista desde hace mucho tiempo, entusiasta del movimiento militar. Había huído a Navarra y acababa de llegar con las tropas del general Mola. Me toma por el brazo muy amablemente, me conduce a un rincón de la sacristía y me dice en voz baja:

—Te van a detener.

—¿A detenerme a mí?

—Yo he visto en el Círculo Carlista de Pamplona una lista de sacerdotes guipuzcoanos y tú figuras en la misma en tercer lugar con esta mención: «Detenido. — Para fusilarlo». En tal lista, hecha antes del 16 de febrero de 1936, figuran también varios de nuestros hermanos del sacerdocio, y entre ellos el reverendo padre José Antonio Lasquibar, jesuíta.

—Pero, ¿tú crees, sinceramente —le respondo yo—, que mi vida está en peligro?

—Tú no conoces a los militares— y añade: «Yo mismo he sido testigo del caso siguiente: yo habitaba en X... (una X para ocultar el nombre), pequeña villa de Navarra. Una noche desperté alarmado por gritos que venían de la calle. Me asomé a la ventana y vi un horrible espectáculo. Se conducía a cinco nacionalistas vascos a un muro para fusilarlos. Pedían a gritos un confesor. El comandante de la guardia civil que estaba de servicio se aproximó a ellos y, después de haber lanzado una blasfemia, les dijo: «Que el diablo os confiese». Inmediatamente fueron fusilados los cinco. Este hecho fué denunciado a monseñor el obispo de Pamplona por un párroco del lugar».

Yo abandoné a mi amigo aterrorizado. Al volver a mi casa, mi espíritu estaba agitado por tristes pensamientos.

«Una guerra bendecida po la jerarquía católica...»

"Una guerra donde se va a perseguir a muchos sacerdotes en virtud de decisiones tomadas antes de comenzar la lucha...»

En este libro, que es lástima no haya sido traducido al castellano, cuenta luego el señor Aberrigoyen los crímenes cometidos en provincias como las de Navarra y Alava, donde no hubo, porque no pudo haberlo, ni asomo de contienda. Y escribe:

«La revolución estalló en Navarra un domingo de julio. En seguida calles y plazas ~~tabernas~~ llenos de boínas rojas. Grupos de carlistas, al grito de «¡Viva Cristo Rey!» y al de «¡Mueran los traidores!», desembocaron en la plaza del Castillo. Entre ellos, y a su cabeza, se veían muchos sacerdotes tocados ~~de~~ boína roja, armados de estacas y revólveres. Inmediatamente fueron asaltados los Centros nacionalistas vascos, incluso Euzko-Etxea; sillas y mesas volaron por las ventanas. Al mismo tiempo otros grupos recorrieron bares y tabernas, deteniendo a centenares de personas. La cárcel y el fuerte de San Cristóbal rebosaban de ~~detenidos~~. Al día siguiente, al amanecer, el seco crepitar de los fusiles comenzó a sonar dolorosamente en los oídos de los antifascistas. Era el comienzo de una obra inédita de atroz exterminio. Todos los días, durante más de cuatro meses, nacionalistas e izquierdistas de Pamplona caían acribillados a balazos. Este espectáculo, capaz de horrorizar a los salvajes, era esperado con alegría por las señoras y señoritas de la aristocracia de Pamplona. La víspera corría la noticia de boca en boca: «Mañana, a las seis, se mata en la Ciudadela. ¿Vendrás ~~tú?~~»

Y estas gentes, que incluso los domingos no asistían sino a la misa de mediodía, se levantaban muy temprano, empujadas por el deseo cruel de ver asesinar.

Un soldado me decía: «Casi todas las mañanas se mata de veinte a treinta personas. Como asiste un número considerable de espectadores a las ejecuciones, nosotros, los soldados, vamos a poner orden. ¡Es espantoso! ¡Se grita, se insulta a las víctimas, casi nadie llora! Cuando la ejecución ha terminado, la gente comenta: —«Ese rubio —por uno de los fusilados— era valiente»; o bien, «ese otro, parecía un miura; con qué furor nos miraba». Exactamente como si hubiesen asistido a una corrida de toros.

En un barrio obrero, llamado Larrotxapea, cerca de la estación de Pamplona, no existe familia que no llore el asesinato de uno o de varios de los suyos.

El 15 de agosto, después de una gran procesión, los requetés tomaron la ~~prisión~~ por asalto; hicieron salir a cincuenta y nueve detenidos; los metieron en un camión y los condujeron al lugar llamado Las Bardenas, donde los asesinaron. Entre las víctimas se encontraba el señor Cayuela, abogado. En un solo día cincuenta y tres personas fueron asesinadas en Tafalla. Según las estadísticas establecidas por la persona que me pone al corriente del hecho, ciento un niños ~~se convirtieron en huérfanos~~. En Milagro fueron asesinadas 183 personas; en Peralta, 97; en Caparroso, 80.

— se vieron

y con

1.º

1.º

— cárcel

la

— quedaron huérfanos de padre

9

Según el cura de la parroquia de Caparroso, entusiasta de Franco, que se vanagloriaba de haber estado al corriente de los preparativos de la revolución fascista, se encontraron 621 cadáveres en las montañas del Arciprestazgo.

En Larraga, un viudo fué detenido y conducido al lugar llamado Berminzana, donde se le ejecutó y su hija única, de quince años, que a una cuarentena de metros de distancia asistió a la ejecución, se puso a gritar. Los requetés corrieron hacia ella; la sujetaron, la violaron y después la mataron.

En los alrededores de Vera existe una cantera denominado Argaizetako arobia. Todos los días, durante los meses primeros de la revolución, se veía a treinta o cuarenta infortunados sentados sobre las piedras, atados de pies y manos. Ante ellos, los requetés y falangistas que montaban la guardia hacían pararse a cuantos pasaban por la carretera para que asistieran al espectáculo. Unos se mostraban espantados; otros, más crueles, insultaban a los desgraciados, que cuando la noche caía eran fusilados y al día siguiente habían sido enterrados en el cementerio o en el lugar llamado Bartzalekua, según se hubieran confesado o no.

Desde la ventana de una casa, donde yo estaba de visita, se distinguía la montaña sobre la cual se alza el fuerte de San Cristóbal. Eran las diez de la noche. Yo veía descender, serpenteando, el resplandor de dos faros potentes.

—¿Qué es eso?—pregunté.

—Es el coche-fantasma, me respodieron. Todas las noches transporta cinco o seis prisioneros, que son llevados al lugar de la ejecución.

Iba un día en coche por las alturas del Perdón —me contaba un amigo—, y el chófer, extendiendo el brazo, me dice: "Más de cien cadáveres están enterrados aquí, entre ellos el del señor Bengaray".

Y en cuanto a Alava, un sólo testimonio, también de estas páginas, que merece ser recogido por su espantosa crueldad.

"De todos los crímenes cometidos en Alava—dice el señor Aberrigoyen—, el que me ha emocionado más es el que me narró un sacerdote de Vitoria:

"En una aldea de la Rioja (indudablemente de la Rioja alavesa), en una casa que había logrado construir con sus ahorros, vivía un joven matrimonio. Un día llegan los requetés y piden ver al marido; sale; le detienen; le hacen ponerse de pie contra el muro del pequeño jardín; le obligan a extender los brazos en cruz. Obedece. Los requetés le dicen: "Grita ¡Viva Cristo Rey!" El hombre accede; entonces uno de los requetés, provisto de una larga bayoneta, le amputa un brazo. De nuevo le ordenan: "Grita ¡Viva Cristo Rey!". El desgraciado grita por segunda vez, y el mismo requeté, con la misma bayoneta ensangrentada, le amputa el otro brazo. Quieren volver a empezar. El hombre extenuado repetía con fervor y voz apagada ¡Viva Cristo Rey! Al fin cayó desvanecido. Los requetés le remataron acribillándolo a balazos. Era Pedro Rodríguez. Su mujer había asistido a tan horrible espectáculo; ella misma me lo contó. La infortunada, algún tiempo después, víctima de terribles crisis nerviosas, se volvió loca".

—párroco
—hay
—Vi
—dijo:
—ahorro
—ordenan
—asistió

Generosidad frente a ferocidad

He ahí la ferocidad organizada, preparada; listas de hombres que han de ser asesinados confeccionadas meses antes, y en estas listas, los hombres que luchan, según ellos, en nombre de Dios, incluyen a sacerdotes de ese Dios. Pues bien; frente a esa ferocidad organizada, de la cual es responsable el poder faccioso, que se vanagloría de tener en la mano todos los elementos a su servicio sujetos a una férrea disciplina, yo os diré, sin exculparla, que, habiendo habido de este lado crímenes producto de la conmoción popular, cuando al Gobierno de la República se le dejó desprovisto de todos sus órganos coercitivos, es muy difícil, creo sinceramente que incluso imposible, encontrar casos semejantes a los narrados por el señor Aberrigoyen, y en contraste se puede presentar la generosidad del Gobierno de la República. Y una declaración que a muchos sorprenderá, declaración a la cual no acompaña gesto alguno de arrepentimiento. Diré ante vosotros, diré ante España que me oye —la de aquí y la de allá—, que tres de los actuales ministros del Gobierno Franco han estado en nuestras manos dos de ellos en prisión. Son: el señor Peña, ministro de Obras públicas, que, quince días antes de constituirse el Gobierno de Burgos, paseaba tranquilamente por las calles de Valencia, y los señores Fernández Cuesta y Serrano Suñer, ministros de Agricultura y del Interior, a quienes teníamos en prisión. ¡Qué contraste entre la ferocidad organizada del otro lado y esta generosidad que quizá alguno de vosotros juzgue punible! Pero ahí queda verdad: En el Gobierno de Franco figuran como ministros tres hombres que estaban en nuestras manos cuyas vidas hemos respetado. (Aplausos.)

Aspecto internacional de nuestra lucha

Sigo atento a que mis palabras no encierren juicios sobre el curso actual de la guerra ni sobre la orientación de ésta. Repito, perdonad la machaconería, que ello corresponde exclusivamente al Gobierno, a quien todos debemos acatamiento; pero me será lícito, ya que puedo hablar con libertad, desprovisto de las ataduras que supone figurar en el Gobierno —no creo cometer exceso alguno, pero si los hubiera sería yo el único responsable—, examinar el aspecto internacional de nuestra lucha para fundir en este examen mi dolor de español mi dolor de socialista. Antes he dicho, incidentalmente, señalando las justas excepciones, que el mundo entero, en sus representaciones oficiales, ha pretendido asfixiarnos.

Si creyéramos en la milagrería, consideraríamos milagro el que podamos seguir defendiéndonos con brío, cuando todo el mundo nos abandonó, por no decir que todo el mundo nos traicionó. Alguien discurrió ese armatoste terrible de la "No intervención", que fué en sus comienzos —no puede llevarme más allá mi juicio honrado— un error magno; pero que se ha convertido en una gran vileza. Duelo de socialista, que confieso aquí públicamente, no haber visto en la acción de gobernantes socialistas del extranjero aquel apoyo que, no por solidaridad política, sino por deberes estatales, teníamos derecho a reclamar. ¡Ah!, yo no comprendo (si con lo que digo se van armas y municiones a adversarios de nuestro Partido que se vayan, pero rindámonos a la verdad), yo no comprendo que los Partidos Socialistas voten, respondiendo a su verdadero e íntimo sentir, mensajes de adhesión entusiastas a nuestra causa, y que quienes gobiernan en nombre de esos mismos Partidos nos echen, desde las alturas del Poder la soga al cuello para estrangularnos. (Grandes aplausos.)

Estamos tejiendo ahora una historia muy dramática, cuyos capítulos primeros conocemos porque los hemos vivido y padecido, pero nadie, por mucha que sea su imaginación, puede fijar anticipadamente el desenlace de esta situación, si la guerra de España será el prólogo de una hecatombe o, por el contrario, se limitará a una lucha localizada que acabe por agotar las energías españolas. No entraré yo en predicciones a las cuales podría conducirme mi fantasía. Lo evidente es que vivimos, como españoles y como europeos, una era intensamente dramática, y de cara al inmenso drama cada cual debe afrontar su responsabilidad. Antes de ahora he dicho que podrían juntarse en la defensa de una actitud tan contradictoria como la que acabo de señalar entre los partidos socialistas y sus representantes en los Gobiernos los oradores más elocuentes que tuvo el Mundo, y todos juntos no serían capaces de justificarla ante las masas sencillas: ¿Cómo unos partidos populares, socialistas, obreros, se adhieren a la actitud nuestra, desean de corazón nuestra victoria y los representantes de esos mismos partidos nos niegan desde el Poder el auxilio indispensable? Conste — hablo de mi época de Gobierno; no creo que hayan variado las cosas — que nosotros no hemos pedido nada a nadie, regalado. Y conste también, para esclarecimiento de la verdad, que nadie nos ha regalado nada. (Aplausos). Nosotros hemos exhibido nuestro derecho y hemos reclamado el respeto al mismo. Eramos un Gobierno legítimo, cuya legitimidad, desde el punto de vista de esas naciones a las cuales me refiero, está patentizada por sus representaciones diplomáticas, las cuales acreditan que no hay más Gobierno legítimo que el de la República, que no hay en España más fundamento legal que el de las instituciones republicanas que libremente se dió el pueblo y que libremente, cuando la guerra termine, si el pueblo quiere las podrá mantener o las podrá modificar. (Fuertes aplausos). ¡Cuando la guerra termine, porque hasta que la guerra termine no procede otra cosa que la fusión de todos en un bloque, en un sólo pedernal para defender la Patria! (Nuevos aplausos).

Vuelvo al tema del que la pasión me ha apartado un momento.

Se ha alegado que el hecho de figurar en el Gobierno determinadas representaciones, con una u otra significación (yo las quiero ver a todas fundidas en una aspiración común), que el hecho de la existencia de determinadas representaciones de colectividades que, política o sin-

12

dicalmente, pueden considerarse extremas, eran causa de esta actitud de las potencias europeas. ¡Pero cuando se pactó la "no intervención" no estaban en el Gobierno los anarquistas, ni los comunistas, ni siquiera los socialistas! Era un Gobierno republicano en su totalidad, sin tendencia extremista, aquel a quien se le negaron las armas y las municiones que nos eran necesarias. (Aplausos).

Hay que liquidar muchas farsas en el terreno internacional. Todas resulta imposible liquidarlas, porque son infinitas. Lo que acabo de decir es incontrovertible. ¡Ah! ¿Que los países aludidos se asustaron de que el pueblo español, en la conmoción producida por los militares sublevados, llevara con su empuje el régimen social y político de España más allá de lo que a ellos les interesa? Eso es probable. Diré más: Eso es seguro. Con gran anticipación he hablado — un folleto que se repartía hoy en la puerta de este teatro lo recuerda — del freno que pondrían a las posibilidades revolucionarias de España las naciones de la Europa occidental.

La acción de Inglaterra debilita la potencia defensiva de las democracias

La "no intervención" fué establecida ¿a iniciativa de quién? Oficialmente, de Francia; pero se nos ha dicho al oído que por sugestión de Inglaterra... No me sorprendería. Inglaterra se ha convertido, por su poderío y por su situación, en el elemento rector de la Europa no sujeta a regímenes totalitarios. Grande, enorme, inmensa es su responsabilidad en ese papel que la Historia parece haberle adjudicado. Pero Inglaterra, a la hora presente, no y más que una debilitadora de la potencia defensiva de las democracias europeas. El caso de España y el caso de Checoslovaquia son gemelos. ¿Qué se hizo del orgullo inglés, del tradicional orgullo inglés?... Parece haberse disipado cuando italianos y alemanes hunden buques británicos y asesinan a marinos ingleses. ¡Quién nos lo iba a decir a nosotros, que en nuestras lecturas sobre política internacional topábamos siempre con el tema del orgullo, de la altivez de Inglaterra, que no consentía la menor lesión ni en sus intereses materiales ni el menor atentado contra la vida de sus súbditos!... Ahí están hundidos, en las aguas de nuestros puertos, barcos en cuya popa ondeaba la bandera británica, y ahí están, en nuestros cementerios, cadáveres de marinos ingleses, que han pagado con su vida la confiante credulidad de que el Imperio les amparaba.

Lluvia de ultrajes

España, que no pidió regalado nada a nadie, que reclamó su derecho, se encontró estorbada por el pacto de "No Intervención", que, como antes dije, comenzó en un magno error y se ha convertido en una tremenda vileza. Es la argolla que se ha puesto a nuestro cuello. Merece la pena el aspecto internacional de nuestra lucha y de que le consagremos algunas palabras más.

x era

x te...

x hace ~~la~~

— solo actúa debilitando

/ solo

x merece la pena

13

Internacionalmente hemos sido víctimas de todos los ultrajes posibles. La Historia querrá rebuscar en lo más remoto de sus páginas ejemplos de ultrajes iguales, y los encontrará, ciertamente, en las empresas colonizadoras sobre tribus salvajes; contra naciones civilizadas, ultrajes como los inferidos a España, ninguno. No se trata sólo de la negativa al derecho legítimo de España a adquirir armas y todos los demás elementos de guerra indispensables para el sostenimiento de su soberanía y de su independencia; hay, además, el hecho insólito de que determinadas naciones hayan reconocido a un Comité rebelde como Gobierno legítimo, reconocimiento sin precedentes, porque se produce cuando la rebelión apenas está iniciada y sin apariencia de triunfo. Sin protesta de nadie, con asentimiento más o menos explícito del resto de las naciones, a Franco y a sus lugartenientes se les ha concedido por determinadas ~~naciones~~ el rango de Gobierno legal, cuando no eran más que un Comité de sublevados.

¿Hace falta recordar las constantes agresiones de que han sido objeto nuestros barcos y nuestros puertos por aviones y por navíos extranjeros? ¿A qué, si basta sólo con mencionarlo, extenderse en el comentario del bombardeo de la escuadra alemana contra Almería ante el cómplice silencio del resto de las naciones europeas? Pero eso no es todo. Descendiendo por los escalones del ultraje, nos encontraremos con el espectáculo de las Embajadas extranjeras convertidas en albergues de desertores y en centros de espionaje... (Grandes aplausos que impiden oír el final de la frase.) Quiero creer que inicialmente fué un sentimiento de piedad el que impulsó a gran parte de los representantes diplomáticos acreditados cerca del Gobierno de la República a dar cobijo en sus residencias oficiales a gentes que, real o supuestamente, se sentían amenazadas y consideraban en peligro sus vidas. Pero, ¿a qué degeneración llegó ese sentimiento inicial? En primer término, tales cobijos no fueron sólo las residencias oficiales de las Embajadas, donde, a virtud del derecho de extraterritorialidad, no les era lícito a las autoridades españolas investigar ni registrar, sino que ~~tales albergues~~ se establecieron fuera de las mansiones oficiales, habilitándose edificios anexos u otros distantes, casi manzanas enteras de Madrid, para que allí dentro los traidores siguieran trabajando contra la legalidad republicana y pudieran, a veces, entregarse a francachelas mientras el pueblo de Madrid se partía el alma en las trincheras y mujeres y niños se mordían las manos para aguantar el hambre. (Grandes aplausos.)

¿Pero es que los Gobiernos extranjeros, en cuyas residencias representativas y amplios anexos ocurría esto, lo ignoraban? La ignorancia de los hechos, incluso de los más patentes e indiscutibles, es, por lo visto, uno de los

Adhesión

MADRID. 50 aniversario del Partido

Termino excitando a los socialistas a serlo de corazón y a actuar estrechamente unidos para expulsar de nuestra tierra a los invasores y salvar la in-

x de

U. G

los - paises

también albergues

x o legaciones

España no es en Europa una pieza desdeñable

Europa está en tensión. Por muy plácidas que quieran presentarse las vacaciones de los grandes gobernantes europeos, debe conmovernos el espíritu agresivo del nacionalismo totalitario. Si la guerra llegara a estallar, y aunque no estalle —hablo de la guerra europea, como comprenderéis—, ¿es España una pieza desdeñable? ¡Qué error más tremento el de quienes lo consideran así! Porque, aún no dominada militarmente España por italianos y alemanes, simplemente con su influencia política y económica sobre nuestro territorio, eso por lo que respecta a Francia, tan sumisa a todas las indicaciones inglesas, eso representa para Francia muchísimo mayor peligro que el que pudiera constituir para ella una línea enemiga desde Bayona a Narbona. No voy a descubrir cosas que, evidentemente, quienes en Francia asumen la dirección de los asuntos militares, vieron desde el primer instante. A alguno muy calificado de entre ellos se atribuyó, ya en septiembre de 1936, la justa frase de que sería más barato para Francia regalar quinientos aviones a España que tener que fortificar después los Pirineos. Nosotros no pedíamos ese regalo; pedíamos, simplemente, que se nos cediera armamento, no a crédito, sino contra nuestro oro, al contado, con pago adelantado. ¡Y se nos negó! Se nos negó, incluso, con la particularidad, por lo que a Francia se refiere, de que el Tratado de Comercio concluído en 1935 contenía una cláusula por virtud de la cual estábamos obligados a comprarle a ella, con preferencia, material de guerra. Cuando el Estado español pide ese material, porque lo necesita; y cuando a la puerta misma de Francia, en Irún, una multitud, enloquecida por la bravura, llega hasta dejarse matar porque no tiene municiones, Francia entonces nos niega el material de guerra, que solemnemente había convenido vendernos, y con el cual hubiéramos conseguido, en muy poco tiempo, el aplastamiento de la rebelión. (Aplausos).

Ensayos crueles en nuestra propia carne

Ultraje sobre ultraje, agresión sobre agresión, daño sobre daño, así hemos ido caminando solos, ¡solos! Y gracias a la bravura del Ejército Popular, del Ejército del pueblo, del Ejército de España, como justamente le han denominado aquí algunos de mis interruptores, solamente por eso vivimos aún. Y solamente a eso se debe el que vayan reaccionando las multitudes obreras y demócratas de los países próximos. ¡Pero, qué lentamente, qué despacio! ¡Y qué de prisa se consumen en los campos de combate la sangre y la juventud de España! (Grandes aplausos).

Aquí, sobre nuestra carne, se verifica el ensayo de la grande y posible guerra europea. Aquí se destruyen las ciudades para probar la eficacia de los grandes explosivos y con los cascotes de los edificios derruídos saltan, dispersos, restos informes de viejos, de mujeres y de niños...

Italia y Alemania hacen entre nosotros, "en vivo", la experiencia de sus aviones, de su arti-

15

llería, de sus barcos, sobre nuestra carne, vertiendo nuestra sangre, todo a nuestra costa, exclusivamente a nuestra costa. (Una voz: "¡Ya lo pagarán quienes lo consienten!".)

Gran sacrificio, enorme sacrificio el del pueblo español. "¡Ya lo pagarán!", dice un comentador. ¡Ya lo pagarán! ¡Lamentable consuelo!, porque nosotros sentimos el ardor de nuestra libertad y el de la libertad de los demás. ¡Que no lo paguen! ¡Que no lo paguen! (Fuertes aplausos.) Que no lo paguen, pero que adviertan el daño que están causándose a sí mismos, aunque ~~ahora~~ seamos nosotros los únicos que lo ~~paguemos~~. — pagnemos

Las experiencias de todo elemento moderno de guerra se están haciendo sobre nuestra propia carne, con la muerte de españoles, con la destrucción de la riqueza española, y desde las Baleares se ensaya a todo tren la posibilidad de dominar el Mediterráneo occidental, teniendo una base en aquel archipiélago español. ¡Grandes, magníficos resultados los de este ensayo! Evidentemente, la práctica ha comprobado la teoría: Quien domine en las Baleares, domina en toda la cuenca occidental del Mediterráneo, corta las rutas de Inglaterra hacia parte de su Imperio, las de Francia hacia sus colonias y singularmente, las del Norte de Africa. El ensayo es espléndido.

Pero los más interesados en las lecciones de este ensayo se ponen una venda, la del miedo, cierran los ojos y dejan a Europa, a Europa entera, a la merced de dos barateros, quizá poseídos por furias demenciales, que un día pueden prender fuego al polvorín y hacer de Europa una ruina gigantesca sin par en la historia de las grandes hecatombres mundiales. ¡Que no lo paguen! ¡Que si hay sacrificados, seamos sólo nosotros!

La amistad requiere reciprocidad

Cuando el fin de nuestra lucha llegue y España haya de jugar su puesta en el concierto europeo, si nos dominaran —no nos dominarán—, si nos dominaran, las naciones totalitarias tendrían aquí un reducto formidable contra Inglaterra y Francia: el de su poderío asentado en nuestro solar; el de la sumisión de todos los instrumentos de su Gobierno a su voluntad; el del adueñamiento de todas nuestras industrias y de todos nuestros yacimientos de materias primas. Si la derrota viniera, vendría la esclavitud. Los vencidos —vencidos por la asfixia de los demás—, ¿íbamos a tener bríos para levantar la cabeza y proclamar nuestra amistad hacia ellos? La amistad exige reciprocidad y nunca es subordinación. (Aplausos.)

16

La guerra es la ruina

Corto forzosamente ya mi discurso; estoy atento al reloj y veo que es tarde. Sintetizaré lo que me quedaba por decir.

Ultimo engarce de mis palabras de hace dos años con las de hoy: la ruina de España.

En la contestación que Franco ha dado últimamente al Gobierno de Londres con respecto a la retirada de voluntarios, figura como párrafo final éste: "La España nacional no quiere, por último, perder esta coyuntura que se le ofrece de tener el honor de dirigirse al Comité de "No Intervención" en que está representada la casi totalidad de Europa, para hacer saber al mismo y al mundo, saliendo al paso de una inquietud provocada por la aviesa propaganda de los enemigos para complicar la situación internacional, de reiterar solemnemente sus afirmaciones anteriores de que lucha por la grandeza e independencia de la Patria y no consiente ni consentirá jamás la menor hipoteca sobre su suelo, ni sobre su economía, y que reivindicará en todo momento hasta la última pulgada de su territorio, de sus zonas de protectorado y de sus colonias si alguien intentase atentar contra ellos."

Como retórica, el párrafo es perfecto. Mas ¿qué fundamento de realidad tiene semejante afirmación? ¿Qué es una hipoteca? La hipoteca, según la definición forense, es un gravamen establecido sobre bienes inmuebles (últimamente hasta sobre los bienes muebles, porque existe la hipoteca naval), sujetándolos a responder del cumplimiento de una obligación, del pago de una deuda.

Mi experiencia me permite decir que Franco realiza la guerra a base de crédito exterior. Habiendo quedado íntegras en poder del Gobierno legítimo de la República las reservas de oro y plata del Banco de España; habiendo quedado dentro de nuestra zona las tres principales plazas bancarias de España, Madrid, Bilbao y Barcelona, Franco no dispuso en momento alguno de fondos suficientes para sostener la guerra. Ni los plátanos, ni el corcho, ni los vinos generosos, ni la lana, ni el mineral de hierro, ni las piritas, ni el lingote que ahora está también suministrando a Italia y Alemania, le bastan para pagar. Bien pesado, el volumen íntegro de toda esa exportación, por la cual se va nuestra riqueza al Extranjero, no le basta, con mucho, a costear los gastos enormes de la guerra. Trabaja a base de crédito exterior. Si existe crédito exterior, existe hipoteca. Por si no bastaran mis afirmaciones, traigo aquí la traducción de un estudio económico que ha publicado, hace pocas semanas, periódico alemán tan autorizado como la «Gaceta de Francfort». Ese estudio comienza con una declaración que no deja de tener interés. Dice así: «La situación económica del país cuan-

17

do empezó la guerra —habla de España— no era desfavorable. Desde la fundación del régimen republicano, en abril del 31, la economía había permanecido líquida en medio de la gran crisis. La exportación se sostenía bien; las cifras de producción, bastante estables, indican que el país se había librado bastante bien de la crisis mundial. Las dificultades fueron surgiendo de la organización económico-social y de una política financiera desarreglada, en parte herencia de la dictadura de Primo de Rivera».

Pero lo que a mí me interesa de ese documento es lo siguiente, relativo a la exportación que realiza Franco y al incremento que ésta ha tenido con motivo de la ocupación del Norte: «El incremento de la exportación hace posible poder disponer de reservas en divisas, que ya se han podido utilizar, ~~«en parte pequeña»~~ para cubrir los créditos por suministro de material de guerra».

Y después, volviendo sobre el tema, dice la «Gaceta de Francfort»:

«No podemos captar en cifras la utilización de créditos exteriores. Se han debido de utilizar en pequeña escala créditos para suministros de mercancías ordinarias. Por el contrario, se utiliza exclusivamente la vía del crédito para los suministros de mercancías para las necesidades directas o indirectas de la guerra. Nos faltan, también, los detalles, pero creemos que últimamente se ha frenado en este terreno. Pequeñas partes de los productos de exportación se deben de poner ya a disposición para el servicio de intereses y liquidación de estos créditos. Una vez terminada la larga guerra se podrán conocer, en toda su amplitud, las cargas que proceden de la época de la guerra.»

Consiguientemente, está declarado de manera autorizadísima que Franco realiza la guerra a cuenta de créditos exteriores. ¿Son únicamente los de Alemania e Italia? Acaso, pero no tengo de ello una seguridad absoluta. Algunas veces entro a recelar si no se desentrañarían determinados misterios en orden a la política internacional descubriendo la existencia de créditos exteriores abiertos a los facciosos, que no proceden de Alemania e Italia.

~~Por~~ el aleccionamiento de haber vivido íntimamente los secretos de la guerra, tengo la seguridad — no quiero dejarlo reducido a sospecha — de que se ha estado minando el campo español en los dos lados para producir este tremendo choque y debilitar, desangrar y arruinar a España.

No cabe duda — está demostrado documentalmente — de que en nuestro territorio, desde el comienzo mismo de la República, quizá antes, cuando se adivinó su advenimiento, se estaba preparando por Italia y Alemania la rebelión que no podía tener visos de realidad sin el apoyo de esas dos naciones. Mas acaso haya en el exterior otras gentes que se complazcan en nuestro debilitamiento.

Pero, volvamos a la tesis. ¿Hay créditos exteriores? Luego, hay hipoteca, aunque diga lo contrario Franco.

Pues bien; contemplemos la perspectiva de más allá de la guerra, lo que yo quería que hubiese sido piedra fundamental de mi disertación y que, forzosamente, he de resumir dado lo avanzadísimo de la hora.

Leer

(en versales)

en parte pequeña

Todo lo subrayado, de versales

17 = Por

(Título)

La perspectiva más allá de la guerra

desde

España, cuando la guerra termine — oidlo bien, porque responde a una firme convicción—, España quedará arruinada. Cualquiera que sea el resultado de la guerra, la ruina de España es inevitable. Descontad de esta afirmación mía aquel caudal de pesimismo en que, según las gentes, baño yo las cosas. España, después de la guerra, repito, quedará arruinada, y nosotros tenemos que levantar a España, nosotros no podemos dejarla morir. He ahí la perspectiva terrible y augusta a la par que tienen ante sí esta generación y las que vengan tras ella. Si nos acompañara la victoria, por la cual hago votos con vosotros, la situación económica de España quedaría muy aligerada, porque las deudas contraídas por Franco, por un poder faccioso, no obligarían al Gobierno legítimo de la República. Hay quien cifra esas deudas, sólo con Alemania, en mil millones de dólares. La cifra es enorme, pero no la creo distante de la exactitud.

Como las paredes oyen, os puedo revelar lo que recientemente el embajador de Alemania en Burgos ha dicho: "El nazismo en España es imposible. Todos los intentos que para ello se hagan serán otras tantas insensateces. España no admite el nazismo. No es posible implantarlo aquí". ¡Ah!, pero Alemania ha de cobrar hasta el último marco que ha prestado a Franco.

He ahí la hipoteca, he ahí uno de los frutos de la traición. Pero, aunque no hubiera deudas —de nuestro lado no las hay—, aunque nos salváramos de las gigantescas que han contraído los facciosos, pasad vuestra mirada sobre las ruinas que la guerra ha producido. Ved los parajes urbanos donde aún se distinguen las manchas de sangre en los escombros de edificios derruídos; contemplad las naves de fábricas y talleres derribadas por la aviación; pensad en la desaparición de ~~nuestra~~ Marina mercante, hundida en nuestros puertos o en ruta hacia ellos, no ya por submarinos, sino por barcos de superficie con la bandera italiana desplegada a popa, ante la indiferencia y no sé si ante el aplauso del resto de las naciones europeas; recordad nuestros ferrocarriles destartalados, con su material de tracción deshecho y su material fijo averiadísimo; reparad en los puentes hundidos, y, en fin, pensad en todo lo que España necesita reconstruir y reconstruir rápidamente para asegurar su vida, porque su vida peligraría manteniendo fuera de acción, fuera de producción, todos esos elementos de que os hablo.

Eso hay que reconstruirlo. ¿Y a dónde acudirá el ahorro español? ¿Al auxilio de la industria privada? ¿A las necesidades estatales, que serán inmensas aun concluída la guerra? A ninguna parte, porque el ahorro español no existirá. Lo hemos dilapidado en la guerra.

19

Para nuestro descargo tenemos la inmensa satisfacción de no haber contraído responsabilidades, más que aquella de orden muy secundario de haber propiciado en parte el ambiente para el levantamiento; la responsabilidad es de los otros, de los sublevados. Nosotros, al luchar defendemos no ya nuestro honor, defendemos nuestra propia vida. Ejercitamos el legítimo, el santo derecho de defensa. La responsabilidad de quienes han provocado esta inmensa catástrofe es enorme.

El ahorro público y privado se habrá extinguido cuando la guerra concluya. Lo afirmo rotundamente, como fruto de una convicción que no pueden destruir ~~las~~ palabras y razonamientos en sentido contrario. Y bien, entonces, ¿cómo resolver el problema de no dejar que España perezca en la ruina? ¿Cómo resolver el problema, verdaderamente pavoroso, de que si tras la guerra sobrevienen, cual es frecuente en nuestra tierra, cosechas deficitarias de cereales, ~~que~~ el hambre no se enseñoree ~~de una manera total y absoluta~~ del pueblo ~~español~~ por no poder importar trigo? Yo os digo — lo apunté hace mucho tiempo entre protestas que no quiero recordar—que será indispensable un

(título

El auxilio de América

Nosotros, o ~~los que~~ nos sigan si nosotros hemos perecido, habremos de tener exquisito cuidado de que el empréstito exterior, absolutamente indispensable por falta de reservas pecuniarias propias, se haga en forma que no quebrante nuestra independencia. Sin independencia no hay dignidad. La miseria no es dignidad, por mucho que lo hayan dicho ~~los~~ literatos. Os lo ~~dice~~ quien ha pasado por ella. (Aplausos.) Pues bien; ¿sabéis en qué empréstito exterior pienso yo? En uno en que quien haya de proporcionarnos el dinero no sienta impulsos de poner la garra sobre el suelo español. Pienso en América. Temo que cualquier empréstito exterior procedente de naciones europeas, ponga en peligro inmediato la independencia y la vida de España, cuya situación geográfica es envidiable y cuyos destinos en la historia de Europa y en la historia del mundo pueden ser todavía grandiosos.

España, que se desangró por descubrir el Nuevo Mundo, que, pese a la leyenda, se empobreció por civilizar aquellas tierras, ~~que vuelva~~ ahora la vista a sus hijas y ~~las diga~~. "Ayudadme, levantadme de esta postración. Vosotras, que no podéis tener afanes imperialistas sobre ~~nuestro~~ suelo; vosotras, que por la lejanía no podéis a~~petecer nuestro~~ desgarramiento; vosotras, hijas de España, y al frente vuestro, con su potencia económica y su alejamiento de las discordias europeas, los Estados Unidos del Norte, socorredn~~os~~ sin perjuicio para vuestros intereses, cada una en la medida de vuestras fuerzas, haced que se reconstruya rápidamente todo lo aquí destruído, porque es el único modo de que España no perezca".

Apetecemos—podemos decirlas—no sólo recomponer lo averiado y reconstruir lo derruído; apetecemos más.

Derechas e izquierdas, monárquicos y republicanos, obreros y patronos, desde los tiempos de Costa y antes de Costa, todos los españoles hemos convenido, unánimemente, que una espléndida resurrección económica de España puede tener muy firme base en las obras hidráulicas.

España ha querido caminar en la realización de esas obras con sus recursos estatales; no le han bastado en tiempos de normalidad; las obras avanzaban lentísimamente. De ahora en adelante será imposible proseguirlas, ni siquiera con el ritmo ~~cansino~~ que antes llevaban. ~~Pero el~~ auxilio de América, mediante un empréstito de discreta elasticidad, puede convertir a España rápidamente en un vergel, asentando así la seguridad de su vida.

Hay miradas ansiosas ahora de Europa hacia Norteamérica pidiendo ayuda para la guerra. Nosotros no se la pedimos ni en grado mínimo. Nuestra voz ha sido desoída en ese aspecto en todas partes. Pero, ¿por qué no pedirle mañana el auxilio para la paz, para el levantamiento de España? Que esta Patria nuestra, que quebrantó su vitalidad descubriendo América y civilizándola, se acoja a los brazos amorosos de aquellas naciones y que ellas digan a España: ¡España, madre, levántate y anda apoyada en los brazos de tus hijas!

A España la vitorean del otro lado, donde los facciosos la tienen siempre en los labios. ¿Es que nosotros no sentimos amor por ella? Somos tan españoles como quien más.

Podrán morir los españoles, pero debe sobrevivir España. España ha de ser inmortal. Tenemos que levantarla para que se yerga altiva, con todo el resplandor de oro de su vieja historia.

Esa obra la ~~contemplarán~~ las generaciones que vengan detrás de nosotros, y guía de ellas este Partido Socialista Obrero Español, que cumple hoy su cincuentenario y que ha dejado su vida plasmada en la abnegación, en el sacrificio, en el heroísmo, en el martirio, al servicio de España. El Partido Socialista la quiere inmortal. Por eso lucha ahora en defensa de su libertad y de su independencia. (Grandes aplausos.)

El público, puesto en pie, aclama entusiásticamente al compañero Prieto. La ovación dura largo rato, siendo acallada por los compases del Himno de Riego, interpretado por una orquesta.